

30 de octubre de 2022, 31º domingo "C"

[Sab 11:23--12:2; 2 Tes 1:11--2:2; Lc 19:1-10](#)

### Homilía

El deseo de ver a Dios recorre todo el Antiguo Testamento. Varios profetas pidieron explícitamente ver el rostro de Dios, o incluso, en la hermosa frase de Isaías, verlo "mirándose a los ojos".

La razón es que la cara -o el rostro- de una persona, especialmente sus ojos, es lo que más revela lo que hay en su corazón. Es ahí donde leemos el amor o el odio, la alegría o el dolor, la euforia o la tristeza. Cuando una persona desea ver el rostro de Dios, no quiere conocerlo en abstracto, sino saber quién es Él para ella.

Al mismo tiempo, el hombre tiene miedo del rostro de Dios, porque es un pecador y se hace más consciente de ello cuando se enfrenta a Dios. Así que también existía en el Antiguo Testamento la creencia de que no se puede ver el rostro de Dios y vivir. De algunos de los patriarcas y profetas se dice que no vieron el rostro de Dios, sino su "gloria" y que lo vieron por detrás y no por delante.

Sin embargo, con la Encarnación, el rostro de Dios se nos ha revelado y podemos verlo. San Pablo nos dice que la gloria de Dios brillaba en el rostro de Cristo (2 Cor 4,6), y que la plenitud de la Divinidad habitaba en él corporalmente (Col 2,9). Por tanto, ahora podemos ver el rostro de Dios y vivir.

En el Evangelio de hoy tenemos un ejemplo de alguien que quería ver el rostro de Dios: Zaqueo. Zaqueo no era precisamente un monaguillo piadoso. Era un recaudador de impuestos, incluso el principal recaudador de impuestos de Jericó. Era conocido en la ciudad como un pecador. Sin embargo, tenía un corazón de niño y en algún lugar de ese corazón había un lugar tierno. Sabía que Jesús iba a pasar por su pueblo y tenía tantas ganas de verlo que olvidó por un momento su propia importancia y corrió como un niño y se subió a un árbol para verlo.

¿Qué pasó entonces? - Los papeles se invirtieron. Mientras Zaqueo quería ver a Jesús, Jesús vio a Zaqueo y lo miró con ojos llenos de amor que lo transformaron. Jesús miró a Zaqueo en su sicómoro y le dijo: "Zaqueo, baja pronto: hoy debo ir y quedarme contigo.

Zaqueo bajó, lleno de alegría, y dijo: "Señor, doy la mitad

de mis bienes a los pobres, y si he perjudicado a alguien, le devolveré cuatro veces más. Cuando Jesús mira a alguien, le ama y este amor le llama a crecer. Recordemos la historia del joven rico al que Jesús conoció poco antes de su encuentro con Zaqueo. Quería saber qué hacer para tener la salvación eterna. Jesús lo miró y lo amó. Entonces le llamó a crecer en su preocupación no sólo por la vida eterna sino por los pobres. "Ve, vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres. Como quería tener la vida eterna después de la muerte, pero conservar su riqueza en esta vida, se fue triste. Zaqueo, en cambio, en cuanto se ve tocado por la mirada de Jesús, se preocupa por los pobres y por aquellos a los que ha perjudicado. Y Jesús declara que la salvación (no una salvación para más tarde, después de la muerte, sino para hoy) ya se ha conseguido para él. Hoy -dice- ha llegado la salvación a esta casa.

Esto es lo que nos ocurre también a nosotros cuando no sólo queremos ver a Dios, sino que nos atrevemos a exponernos a su mirada: una alegría y una llamada al crecimiento y, por tanto, a la conversión. Cuando los seres humanos nos miran, pueden ocurrir muchas cosas en nuestro interior. Cuando algunas personas nos miran, nos sentimos miserables, humillados, deprimidos. Parece que han sacado lo peor de nosotros. Cuando otras personas nos miran, es lo contrario. Nos sentimos en forma, animados, capaces de cambiar y crecer. Sacan lo mejor de nosotros. Del Evangelio de esta mañana se desprende que fue de esta segunda manera como Jesús miró a Zaqueo. Así es como nos mira.

Manteniendo vivo nuestro deseo de ver a Dios, expongámonos a sus ojos y aceptemos que nos llame a la conversión y nos traiga alegría, como hizo con Zaqueo. Al mismo tiempo, en nuestra vida cotidiana, miremos a nuestros hermanos y hermanas de la misma manera que los mira Jesús. No digamos nunca con los fariseos: "Fue a quedarse con un pecador". Más bien, digamos con Jesús: "También él es hijo de Abraham".

Armand VEILLEUX